



Análisis. Revista Colombiana de
Humanidades

ISSN: 0120-8454

revistaanalisis@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás
Colombia

Cardona Restrepo, Porfirio
Análisis e interpretación en el discurso literario neopragmático
Análisis. Revista Colombiana de Humanidades, núm. 80, enero-junio, 2012, pp. 85-104
Universidad Santo Tomás
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551990006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Análisis e interpretación en el discurso literario neopragmático*

Porfirio Cardona Restrepo**

Recepción: 18 de noviembre de 2011 • **Aceptación:** 18 de enero de 2012

Resumen

La creencia de que la interpretación de un texto consiste en la búsqueda de un significado del mismo, está asociado con la intención del autor; por otro lado, es una postura que defienden filósofos tanto de la tradición angloamericana como los deconstructivistas de la tradición continental. Este hecho ha creado reacciones en el neopragmatismo norteamericano, sobre todo en Richard Shusterman. La tesis central en este escrito es que la obra de este filósofo se constituye en una vía intermedia entre la propuesta analítica y la deconstructiva, donde la interpretación no es concebida para desenmarañar lo oculto por el autor y describir el significado de lo que está en el texto, sino desarrollar y transmitir una respuesta significativa al mismo, teniendo en la cuenta las transformaciones sociales, culturales, históricas y las experiencias somáticas.

Palabras clave: Pragmatismo, estética neopragmatista, filosofía del lenguaje, hermenéutica.

* El presente trabajo corresponde al resultado de investigación de proyectos derivados de los derroteros académicos abordados por el autor en su tesis doctoral.

** Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana; actualmente se desempeña como profesor en la Facultad de Ciencias Políticas de la misma Universidad. Director revista *Analecta política* y miembro del grupo de investigación en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Dirección postal: circular 1 No. 70-01, Medellín-Colombia. Correo electrónico: porfirio.cardona@upb.edu.co

Analysis and Interpretation in the Neo-pragmatist Literary Discourse

Abstract

Usually, the philosophers that follow the Anglo American tradition as the deconstructivist, defend the idea that a text interpretation means to find the meaning of this, associated with the author's intention. This fact has created several reactions in the American neo-pragmatism, especially in Richard Shusterman. The central thesis in this paper is that the philosopher's work constitutes a middle way between the analytical and deconstructive proposal, where the interpretation is not conceived to unravel the author's hidden concepts and describe the meaning inserted in the text, but to develop and convey a meaningful response to it, taking in the account the social, cultural, historical and somatic experiences.

Key words: Pragmatism, neo-pragmatist aesthetic, language philosophy, hermeneutics.

Analyse et interprétation dans le discours littéraire néo-pragmatique

Résumé

La croyance selon laquelle l'interprétation d'un texte consiste en la recherche de sa signification, associée à l'intention de l'auteur, est une position que défendent des philosophes tant de la tradition anglo-américaine que les déconstructivistes de la tradition continentale. Ceci a provoqué des réactions au sein du néo-pragmatisme américain, surtout chez Richard Shusterman. La thèse centrale de ce texte est que l'oeuvre de ce philosophe constitue une voie intermédiaire entre la proposition analytique et la proposition déconstructive, où l'interprétation n'est pas conçue pour dévoiler ce qui a été caché par l'auteur et décrire la signification de ce qui se trouve dans le texte, mais pour développer et transmettre une réponse significative au texte, en prenant en compte les transformations sociales, culturelles, historiques et les expériences somatiques.

Mots-clés: Pragmatisme, esthétique néo-pragmatique, philosophie du langage, herméneutique.

Introducción

El pragmatismo de Shusterman surge como una posibilidad entre la propuesta analítica y la deconstructiva cuyo objetivo en la interpretación no es desenmarañar lo oculto por el autor y describir el significado de lo que está en el texto, sino desarrollar y transmitir una respuesta significativa al mismo. No es describir el sentido ya dado de la obra, sino el de obtener un sentido de esta. Así, la propuesta pragmatista busca una práctica interpretativa que pretende una explicación de las obras en un contexto más amplio, una comprensión coherente que se extiende más allá de los límites de la obra en sí misma. No obstante, reconoce que su postura pragmatista debe enfrentar el punto de discusión más fuerte, cuando se le interroga que al no haber un objeto fijo de la obra, no hay un punto en el cual hallar una comprensión común de la misma; es más, a esta propuesta se le podría acusar de perder de vista la identidad de la obra. Para afrontar este problema, dice:

Los pragmatistas se resisten a este argumento de coerción metafísica, distinguiendo el problema lógico de la identificación referencial, del problema sustancial de la naturaleza, las propiedades o los significados de lo que ha sido identificado (Shusterman, 2002b, p. 70).

Lo que remite la propuesta pragmatista es hacer un reconocimiento de que si se habla de la misma obra, esto se puede alcanzar a través de un acuerdo. El que se hable del mismo texto no significa que sea esencialmente el mismo trabajo, sino que se puede diferir en ciertos aspectos referentes a la naturaleza de lo que es el objeto.

Es preciso entender que existan cambios sustanciales en la obra por medio del tiempo y siga siendo la misma obra. Con ello, la propuesta pragmatista de Shusterman remite a “ver el significado del trabajo (o de la obra) como una continua y a menudo disputa construcción de los esfuerzos para determinar su comprensión e interpretación” (Shusterman, 2002b, p. 71). Admite que su trabajo lleva a determinar cómo deber ser tomado o visto el trabajo, y este esfuerzo va más allá de comprender la intención

del autor, a comprender también sus tradiciones artísticas y lingüísticas; e incluso de admitir que la interpretación de la obra remite a cosas que van más allá del autor.

Para llevar a cabo su propuesta Shusterman deberá enfrentar los embates de la tradición continental y analítica, para lo cual propone el pragmatismo como vía intermedia entre la deconstrucción y el análisis, en primer lugar. En segundo lugar, algunas disputas sobre la interpretación, la intención y la verdad en torno a la crítica literaria en la que se pone de manifiesto que la mayoría de las teorías son empobrecedoras al no reconocer la experiencia somática en la interpretación. En tercer y, último lugar, las críticas a las hermenéuticas universalistas que han reducido todo a interpretación como “único juego de la ciudad”. Este será el objeto del presente artículo.

La analítica y la deconstrucción en torno a la interpretación

La confianza en que la interpretación de un texto consiste en la búsqueda de un significado del mismo o “significado textual”, está asociada con la intención del autor o “intención autorial” (Shusterman, 1988); la cual es una postura que defienden filósofos tanto de la tradición angloamericana como los deconstructivistas de la tradición continental. Dicha asociación de la práctica interpretativa como búsqueda de la intención del autor, se da principalmente con dos presupuestos, según Shusterman. En el primero, determina cómo un acto legitimador o estatus de verdad está en la intención del autor y, en el segundo, cómo las construcciones alrededor de la intención del autor posibilitan el diálogo de la comunidad y el crecimiento del conocimiento.

Es preciso ampliar el planteamiento anterior a partir de dos contextos de análisis. El primero, desde la perspectiva angloamericana. Shusterman remite a Beardsley cuando sostiene que la intención del autor y el significado textual son dos cosas diferentes, donde la práctica interpretativa se debe centrar en la búsqueda del significado textual que está dado en términos cognitivos o de verdad. Remite también a la perspectiva de Hirsch (Hirsch, 1967, p. 17-57), quien mantiene que el estudio literario es un

conocimiento humanista, y que es la búsqueda de la intención del autor lo que posibilita hacer del texto un conocimiento objetivo. No obstante, Hirsch no desconoce la posibilidad de otras alternativas interpretativas, pero solo es normativa y legitimadora la intención del autor. Finalmente, remite a Margolis (1962) quien desde su “relativismo” sostiene la pluralidad de las interpretaciones con el concepto de plausibilidad, pero reconoce que la práctica crítica debe estar enfocada en la búsqueda de la verdad donde los conceptos de “descripción” e “interpretación” han de tenerse en consideración. De otro lado, la descripción se da en términos de verdad y es sustento para la interpretación; en otras palabras, si se fundamenta en una descripción verdadera, se puede dar una interpretación plausible. De esta forma, la descripción se convierte en el elemento fáctico de sustento objetivo, mientras que la interpretación es la que posibilita la discusión y el diálogo de la comunidad. A pesar de ello, Shusterman sostendrá que no puede existir una descripción sin interpretación, porque toda descripción implica una previa interpretación de lo que ha de ser descrito.

En segundo lugar, desde el deconstructivismo de la tradición continental, Shusterman asegura que su máxima: “toda lectura, es una lectura errónea (*misreading*)”, implica que es imposible hacer una lectura de cualquier texto. Dicha afirmación, tal y como se encuentra expuesta, es excluyente e implica que no puede existir una lectura espontánea o por disfrute, destacando de forma palmaria las lecturas en pro de su importancia. Con esta máxima se encuentra implícita la noción (como sostienen Bloom, Derrida y Culler) de cómo toda lectura está orientada a la reconstrucción de una intención por la que fue concebido el texto, y tal reconstrucción es imposible dado el carácter cambiante y evolutivo de las condiciones socio-históricas que posibilitan el lenguaje y la producción misma de la obra.

A raíz de estas dos concepciones, Shusterman sostiene que existe un elemento común tanto a la tradición angloamericana como a la deconstrucción continental, y es justo allí donde se incurre en el error de apreciación. Para los continentales, el propósito de la lectura es la reconstrucción de un significado, mientras que para los angloamericanos es su apropiación. Estas posturas en consideración de Shusterman lo que pretenden es reificar el significado; es decir, convertir en objeto una abstracción y,

por lo tanto, están desmintiendo la propuesta de Wittgenstein de que el significado no es un objeto que se encuentra por fuera del texto, sino que es una serie de relaciones lingüísticas dentro del mismo. Tal reificación del significado está basada en dos presupuestos. En el primero se ha entendido la interpretación como correspondencia entre el conocimiento y la verdad, entendida como el significado reificado, a lo que arguye Shusterman indicando que es una falacia, pues desde Wittgenstein y su propuesta del “saber cómo” el conocimiento se puede expresar en términos de un saber responder o enfrentar el texto que se está leyendo. El conocimiento interpretativo no está ligado al desenterrar un significado reificado, sino en saber desarrollar y transmitir una respuesta aceptable, enriquecedora y significativa al texto. En el segundo, existe la creencia que sin tal relación de significado-objeto no es posible establecer la identidad del texto y, por lo tanto, existirían tantos textos como lectores-intérpretes lo aborden y haría imposible identificar aquello que constituye al texto. Sin embargo, Shusterman apoyado en Rorty, sostiene que es posible rescatar la identidad del texto al crear un consenso lingüístico sobre aquello de lo que él dice. De manera que no solo se rescata la identidad del texto, sino la pluralidad de lectores, intérpretes y críticos.

Esta tarea shustermaniana es un proyecto no-fundacionalista y pragmático en el que se considera la obra literaria como una construcción continua y debatida sobre los esfuerzos de determinar su comprensión, descripción e interpretación; y en tal pluralidad, siempre hay cabida a considerar la intención del autor como herramienta que ayude a la comprensión de la obra literaria. Es preciso avanzar un poco más en el asunto acentuando la relación pragmatismo e interpretación y la vía que Shusterman adopta críticamente.

Pragmatismo e interpretación

De las relaciones establecidas entre el pragmatismo e interpretación Shusterman discutirá con tres teorías (2002b) al tenor de los presupuestos pragmatistas buscando siempre sacar ventaja de ellas. Antes de entrar en la cuestión pone como contexto de fondo la discusión entre el análisis y

la deconstrucción en sus conceptos sobre la autoridad y el estatus cognitivo de lo interpretativo¹. Esto supondría un debate sobre la verdad y su supuesta supremacía sobre la creatividad.

El proyecto del análisis estará apoyado por Beardsley (1973), Hirsch (1967) y Margolis (1962):

Si para Hirsch la intención del autor satisface la exigencia de la verdad, su elusividad promete una interpretación continuada. Si para Beardsley la verdad se puede asegurar mediante convenciones públicas de significado, la productividad continuada de interpretación se asegura mediante el hecho de que estas convenciones están cambiando continuamente. Para Margolis, la verdad es dada en la relación de la descripción de las propiedades firmes e innegables de la obra de arte, mientras que la contribución creativa de la interpretación a la extensión de obra más allá de esas propiedades descriptivas nucleares no solo permite sino que también estimula una productividad interpretativa continuada y sin fin, basada y limitada por la verdad pero sin limitarse a ésta (Shusterman, 2002b, p. 115).

La deconstrucción estará sustentada desde Derrida (1986b) en el reconocimiento que todo significado lingüístico y textual depende del contexto que varía con el tiempo. Esta cuestión en la manera de presentar la verdad descriptiva y la elaboración interpretativa la socava el hecho de que lo que se considera descriptivamente cierto dependerá a menudo de qué interpretación de la obra se adopte². Los hechos descriptivos son los que dependen de los acuerdos y consensos, mientras que las interpretaciones no implican pasar por ello. Si no hay una esencia descriptiva de la obra, la deconstrucción aprovecha este supuesto vacío para coronar a la interpretación como camino a seguir en el cambio distorsivo donde “todas las lecturas son malas lecturas”. En palabras de Shusterman, un

1 Aquí Shusterman hace referencia a que esto ha sido posible después del cuestionamiento de la autoridad interpretativa del autor dada por Winsatt y de Beardsley de la falacia intencional, adicional a la declaración de Barthes de la “muerte del autor” (Shusterman, 2002a, pp. 112-113).

2 Shusterman analiza este problema en “Identity, Ontological Estatus, Interpretation, and Evaluation” (1984).

representante digno de este asunto sería Harold Bloom “al predicar la necesidad defensiva de una ‘mala prisión’ o de una ‘mala lectura’ convincente” (2002b, p. 116).

Frente a las dos posturas Shusterman preguntará: “¿por qué no abandonar toda la idea de una verdad interpretativa como correspondencia con el significado de la obra?” (Shusterman, 2002b, p. 121) y más adelante plantea:

Por eso, nuestros objetivos en la interpretación no son extraer y describir el significado objetivado ya cuidadosamente escondido en el texto por su autor, sino desarrollar y transmitir una respuesta ricamente significativa al texto. El proyecto no es describir el sentido dado y definitivo de la obra, sino *dar sentido* a la obra (Shusterman, 2002b, p. 122).

Esto daría la mala impresión de que solo el crítico, y no el aficionado, haría lecturas sólidas e innovadoras. Solo el lector crítico produciría lecturas novedosas y enviaría al ostracismo cualquier intento del lector aficionado de aportar a la discusión. Ahora bien, este argumento no es tan convincente en Bloom dado que hasta el más experto es forzado a mal interpretar en cuanto que todo significado lingüístico y también el textual depende esencialmente del contexto, además de que éste cambia el significado de un texto y por tanto no reproduce o recupera una lectura fiel; esto de por sí implicaría una diferencia. En consecuencia, para Shusterman la interpretación verdadera se hace imposible. Pero esta posición no precisa una mala interpretación arbitraria porque todo no requiere propósitos cognitivos, sino una finalidad estética intensificada. Hay que entender y superar “que el conocimiento no es solo una razón meritoria para leer e interpretar” (Shusterman, 2002b, p. 123). Y tampoco es necesario siempre construir una respuesta verbal. Shusterman asume una “visión” pragmática de la interpretación como dadora de sentido:

Las obras de arte o los textos son entes culturales constituidos y reconstruidos como objetos individuales por las prácticas y tradiciones sociales y lingüísticas de la cultura a la que contribuyen (Shusterman, 2002b, p. 125).

Con este telón de fondo de la discusión es oportuno reflexionar ahora sobre tres teorías pragmatistas que permitan una mejor comprensión de la discusión en torno a la lectura y la vía que asumirá posteriormente Shusterman. La primera está expuesta en torno a los análisis de Knapp y Michaels al determinar que es “lógicamente imposible que el significado textual sea otra cosa que la intención autorial” (Shusterman, 2002b, p. 126). Tesis derivada de los desarrollos de Austin y Searle al plantear que un significado lingüístico tiene que entenderse en función de intenciones sobre el mismo texto, negando de paso la pluralidad de la interpretación. Este asunto es contrario a las pretensiones pragmatistas de una concepción abierta, pluralista, adaptable a las circunstancias. La posición anterior, igualmente, denota una concepción empírica histórica al sostenerse el dogma de la creencia en una verdad analítica de significados incuestionables. De esta manera evita cualquier práctica de mejoramiento de la experiencia interpretativa en la práctica, porque la interpretación siempre será un correlato de descubrir la intención autorial del significado textual. Estos argumentos encontrarán, incluso desde una lectura deweyana, poco alcance porque las prácticas y propósitos son cambiantes desde una comunidad de intérpretes acabando con las concepciones estáticas y herméticas. Esto lo entendieron bien Rorty y Fish, al reconocer el cambio y la diferencia en la interpretación contemporánea.

Por su parte, la segunda teoría personificada en Rorty considera que la intención autorial en el futuro se tiene que redefinir permanentemente y es la tarea de los lectores promover ese cambio. Por eso “insiste en que los objetos y los fines de la interpretación son siempre ‘materia de elección’” (Shusterman, 2002b, p. 133 & Rorty, 1989, p. 150). Así lo manifiesta Shusterman: “para Rorty, lo que queremos de la literatura y de su crítica es variedad y novedad: nuevos significados, nuevos vocabularios, nuevos modos de hablar” (Shusterman, 2002b, pp. 133-134). Para romper con la concepción de identidad en Rorty basta con que se pongan en común ciertas ideas de manera que la obra se convierta en un foco o campo organizado para la producción de discursos. Esto es lo que se conocerá como giro lingüístico “que la individuación de elementos lingüísticos como los textos depende de las prácticas lingüísticas posteriores” (Shusterman, 2002b, p. 135). Tal postura creará reacciones en Shusterman porque las

lecturas privadas que promueve Rorty, se imponen al público lector al cuestionar sus comprensiones al ser determinadas por una especie de círculo, por la identidad editorial y la afiliación institucional de los autores. Una élite profesionalizada sería la encargada de determinar las múltiples interpretaciones y sus respectivas lógicas. El problema de Rorty, para Shusterman

[...] en la interpretación privada innovadora no se puede justificar por sus consecuencias privilegiadas para la experiencia de leer ni sostener por su doctrina de la división público/privado (Shusterman, 2002b, p. 141).

Y continúa:

Mientras que Rorty defiende la autonomía interpretativa del lector y aquellos fijan la posición del significado textual y de la autoridad interpretativa en el autor histórico, Fish quiere subsumir tanto al lector como al autor en el concepto maestro de comunidad interpretativa, que los rige en la producción del significado textual y constituye la fuente de autoridad interpretativa (Shusterman, 2002b, p. 141).

Shusterman pese a que a Rorty es a fin al pragmatismo de tendencia deweyana enfocado principalmente en discusiones estéticas, tendrá algunas diferencias en el campo de la filosofía práctica. En primer lugar, aunque reconoce la importancia de la interpretación en lo que respecta a lo cognitivo, rechaza la propuesta de Rorty de una hermenéutica universal que resigna toda comprensión a la interpretación. En segundo lugar, refuta el textualismo global defendido por Rorty donde el mundo se experimenta completamente a través del lenguaje, y que no existe una experiencia significativa por fuera de éste. Para Shusterman existe una dimensión de la experiencia que no es ni discursiva, ni proposicional, que ha de ser reconocida y discutida por la filosofía a través de una experiencia somática. Una tercera diferencia radica en que Rorty rechaza el concepto de experiencia por ser filosóficamente inútil y peligroso, puesto que ha

llevado al “mito de lo dado” al interior de la epistemología, debido a la idea de recurrir a la experiencia como un fundamento indiscutible en la justificación del conocimiento. Shusterman propone que la experiencia puede ser utilizada fuera del marco de justificación, que la filosofía puede utilizarla sin caer en el “mito de lo dado”, y así retomar el concepto de experiencia que había sido importante al inicio del pragmatismo en las teorías de Dewey y de James. Una cuarta diferencia está relacionada con la metafísica. La idea pragmatista de la contingencia de Rorty es de carácter accidental. Al decidir sobre la distinción entre las contingencias caprichosas y aquellas que son socialmente rutinarias o arrinconadas en la práctica, que se vuelven indispensables. Para resumir mejor el punto anterior de Rorty, Shusterman afirma lo siguiente:

Al combinar su textualismo global y sus hermenéuticas, con su noción de contingencia, Rorty sugiere que la más importante tarea de la filosofía es la salvación personal a través de la invención lingüística. Si nuestro mundo y nosotros mismos somos contingentes y lingüísticos, podemos entonces reajustarlos a nuestros gustos por una reinterpretación lingüística virtuosa (Shusterman, 2002a, p. 204).

Shusterman sugiere que Rorty prefiere aquí una inventiva literaria en vez de un análisis social.

En el campo cultural de la estética basada en la teoría bloomiana de la interpretación que sigue Rorty, al afirmar que una buena crítica lo que hace es deformar el texto de manera tal que sirva para el propio propósito, considerará Shusterman que es “destructiva para el sentido de lo ‘otro’ que hace de la lectura un proyecto de diálogo hermenéutico, del que podemos aprender algo nuevo” (Shusterman, 2002a, p. 205). La estrategia de acomodar los textos a los propósitos personales está claramente conectada con su propósito de una única interpretación de la literatura, así sea esta filosófica, política o científica, y desconoce el valioso rol que puede proporcionar la comprensión de carácter más común y tradicional. Pero una de las cuestiones en que más desacuerdo está con la línea bloomiana y de Rorty, es sobre las *strongmisreadings*, por su exclusividad

en la experiencia literaria, y porque apoya la idea del genio original en la interpretación; pues esto desconocería otros modos de vida estética que exigen menos y que quizás son más accesibles:

Rorty ve estrechamente el valor del arte literario como la producción de nuevos textos y vocabularios para incrementar nuestra reflexión moral. Él rechaza la estética del placer y de la belleza y de este modo reduce el arte a la poética de la herramienta de producción moral (Shusterman, 2002a, p. 205).

La perspectiva de Shusterman es que la estética debe insistir en que los valores del placer están relacionados con las funciones sociales, éticas y cognitivas. Enfatiza en que estas prácticas placenteras pueden ser combinadas con las utilidades sociales, éticas y cognitivas, y como son comprendidas por más personas, pueden ser bastante útiles en la sensibilización de la sociedad hacia la moral y la injusticia política: "El arte popular parece tener una clara ventaja pragmática sobre las grandes artes, en realizar un verdadero mejoramiento a la calidad ética de nuestro mundo" (Shusterman, 2002a, p. 206). Más aún, la visión expandida de la estética de Shusterman, permite incorporar lo estéticamente somático (2008b), cosa que sería difícil en Rorty debido a su textualismo exacerbado.

La tercera teoría representada en Fish, advierte que la interpretación no es un descubrimiento de significados y propiedades ya dados, sino su producción, de construirlos, de hacer nuevos significados. Una interpretación novedosa es una necesidad imperiosa, pero no individual como en el caso de Rorty, sino en las construcciones profesionales de la comunidad interpretativa. Fish reconoce que junto a las intenciones particulares de autores y lectores, están también las intenciones de las instituciones generales. La comunidad interpretativa promueve el cambio pero también los regula a través de individuos autorizados. La comunidad interpretativa de Fish se identifica con el estamento académico de la crítica literaria, aquellos que comparten estrategias interpretativas comunes. Esta comunidad haría las veces de la tradición como comunidad "crítica literaria" que es esencialmente institucional. Tal asociación es elitista y excluyente, porque para Fish los "actos de crítica" no se pueden hacer "con independencia

de las normas y exigencias de la profesión” (Shusterman, 2002b, p. 149). Es imposible la crítica por fuera de la profesión que no esté autorizada: la “única comprensión y experiencia de la literatura que es legítima se limita a lo que aparece en el discurso profesional” (Shusterman, 2002b, p. 150), así como también la verdad interpretativa. Este exclusivismo es contrario al pluralismo que defiende el pragmatismo shustermaniano y es el equivalente a la compartimentación del arte que Dewey denunció.

Shusterman asumirá una posición crítica frente a estas tres teorías, porque empobrecen el ámbito de la experiencia estética que “no logran reconocer el valor de las respuestas no profesionales, que no buscan la verdad interpretativa ni la verdad publicitada, sino simplemente enriquecer la experiencia, una experiencia que quizás puede comunicarse escribiendo pero que no necesita que se le considere legítima y válida” (Shusterman, 2002b, p. 151). El abanico de posibilidades al leer un texto o interpretar una obra de arte incluyen otras distintas a la de los profesionales. Leer no es simplemente interpretar y esto lo conecta directamente con la crítica a la hermenéutica universal.

De la interpretación hermenéutica universal a la comprensión estética

En una época en la que la interpretación³ ha creado un *ethos* y ha permeado todas las instituciones, saberes y culturas, además de abarcar igualmente asuntos como el percibir, el leer, el comprender, obligaría a cuestionar si es posible la renuncia a la interpretación en algún campo (Vattimo, 1991). La postura universalista hermenéutica en la que está amparada esta pretensión donde “siempre que experimentamos algo con sentido, esa experiencia significativa tiene que ser siempre un caso y un producto de interpretación” (Shusterman, 2002b, p. 153) y que está representada en Gadamer, al afirmar que “la interpretación no es un acto complementario y posterior al de la comprensión, sino que comprender es siempre interpretar, y en consecuencia la interpretación es la forma explícita de la comprensión” (Gadamer 1977, p. 378), es el centro de la crítica

3 Para ver ampliamente el contexto de la discusión el lector puede remitirse a Shusterman (1988).

de Shusterman porque la supuesta pérdida de la fe en la objetividad ha dado paso a la creencia firme en la interpretación. Ya lo decía Nietzsche: "no hay hechos, solo interpretaciones". Este universalismo hermenéutico es debatido por Shusterman (2002b) cuando afirma que "nuestras relaciones inteligentes y significativas con el mundo incluyen una experiencia, una actividad y una comprensión no interpretacionales, de modo que la interpretación no es el único juego de la ciudad" (Shusterman, 2002b, p. 155)⁴. La crítica la hace con el cuidado y la precisión de asumir una diferenciación metodológica y no ontológica entre interpretar y comprender. Lo que discute es que lógica y necesariamente se esté interpretando siempre que se experimenta o comprende algo significativamente⁵. Si bien, Shusterman comparte la base antifundacionalista de la verdad y la objetividad independiente de la mente, rechaza cómo lo no-fundacional es subsumido por la interpretación. Es decir, lo interpretativo reemplaza lo no-fundacional en el contexto de la filosofía contemporánea. Si la verdad derivada de unos parámetros metodológicos, lingüísticos y teóricos, se erigía como modelo a imitar, la interpretación hoy es la babel de todas las cuestiones. En uno u otro caso son estándares a partir de los que en sus formas históricas han devenido modelos para seguir, ya sea desde formas esencialistas o desde ciertos acuerdos sociales o lingüísticos.

Shusterman propone algunos argumentos relevantes de la postura hermenéutica universalista de la interpretación en contraste con la comprensión. Tradicionalmente se ha entendido que la interpretación es estructuradora, lingüística y se le puede corregir, moldear y completar, mientras que la comprensión está motivada por intereses y prejuicios, es selectiva y pasivamente neutral. Esta forma tradicional de asumir la interpretación en relación con la interpretación, es lo que llevará a Shusterman (2002b) a denunciar que:

si todo lo que hacemos o experimentamos es siempre una interpretación y siempre tiene que serlo, el concepto de

4 La expresión "la interpretación es el único juego de la ciudad" es una crítica a Fish (Fish, 1982, p. 204).

5 Shusterman igualmente presenta el ataque de Susan Sontag al universalismo hermenéutico en el que comparte con ella su protesta contra el imperialismo que ha construido, pero no comparte la argumentación en su crítica de que no debemos interpretar en pro del contenido (Sontag, 1966).

interpretación se hace sinónimo de toda vida y actividad humana, y pierde por ello cualquier significado real o función específica propios (Shusterman, 2002a, p. 172).

Entonces, entre vida e interpretación no habría ninguna barrera o diferenciación. Si vida es interpretación y viceversa, las experiencias místicas y estéticas deberían ser interpretadas o en su defecto verbalizadas. Por lo tanto, decir que toda interpretación es comprensión, es falaz, porque la interpretación en el fondo ha de depender de una comprensión anterior: "La comprensión guía y basa la interpretación, mientras que la interpretación amplía, valida y corrige la comprensión. Es de recordar que la distinción es funcional, no ontológica" (Shusterman, 2002a, p. 174)⁶. La convicción de Shusterman es que si se reconoce por lo menos una diferenciación funcional de ambos asuntos, se daría una defensa de lo ordinario, lo pre-reflexivo, que es deslegitimado por la interpretación universal y que también es posible evitar que toda experiencia y comprensión debe ser interpretación, porque interpretar requiere una articulación lingüística mientras que la comprensión no:

una reacción apropiada, un estremecimiento o un hormigueo, pueden bastar para indicar que uno ha comprendido. Algunas de las cosas que experimentamos y comprendemos nunca son captadas por el lenguaje, no solo porque su sensación particular escapa a la experiencia lingüística, sino también porque ni siquiera somos conscientes de ellas como "cosas" que describir (Shusterman, 2002a, p. 179).

El planteamiento de la discusión de Shusterman con el universalismo hermenéutico, los pragmatistas y los perspectivistas puede entenderse en otro contexto: en el campo de lo estético. Interpretación no es sinónimo de comprensión estética. Normalmente no hay interpretación, solo observación. La interpretación aparece cuando falta familiaridad con algo. Por ejemplo, cuando al observar un plano geométrico o un juego de croquet

6 En este punto es relevante reseñar el trabajo de Shusterman en torno a no confundir lo convencional con lo natural. Una convención es siempre más superficial que lo natural que le sirve de fundamento (1986a, pp. 35-55).

y esto ha sido nuevo en la vida. Solo hasta cuando hay familiaridad con ello no se tiene la necesidad de descifrar e interpretar nada del sentido de lo anterior. Las cosas realizadas cotidianamente son correctas desde el principio. El objeto no parece desorganizado, por lo tanto, no hay ninguna pregunta sobre su organización. Aquí no hay interpretación. Solo observaciones, funciones. Por lo general, no se pasapor ningún proceso en la mente en las relaciones con amigos y vecinos. Es posible el entendimiento de los unos con los otros sin la ayuda de este tipo de mediación. Hay cosas que solo basta con ver. Este argumento irá en contra de las teorías estéticas desarrolladas desde finales de los cincuenta hasta finales de los ochenta que se han edificado sobre el énfasis en la idea de la interpretación. La mayoría de ellas son hijas de la semiótica, el deconstruccionismo o la sociología del arte. Así se ha sabido proclamar que la interpretación hay que ponerla en su justo lugar y subrayar la importancia de los sustratos de conocimiento en los procesos de comprensión estética. Bouveresse (1991) insiste, frente a Gadamer en que:

Hay evidentemente una relación interna entre la comprensión y la interpretación, al menos en el sentido en que la posibilidad de proporcionar una interpretación explícita (por ejemplo, con la forma de una paráfrasis o de una explicación de sentido) puede ser considerada como uno de los criterios de la comprensión. Pero el hecho de que toda comprensión contenga virtualmente una interpretación no significa que toda comprensión es una interpretación o es obtenida por una interpretación (al menos implícita). Aunque está en la naturaleza de toda comprensión poder ser explicitada en una forma lingüística, eso no autoriza a concluir, de manera general, que 'comprender sea siempre una interpretación'(Gadamer, 1976, p. 247).

Que sea siempre posible, al menos en teoría, comprender de otro modo lo que ha sido comprendido de una cierta manera, no significa tampoco que comprender sea sinónimo de interpretar y que la comprensión consista en todos los casos adoptar una interpretación (Bouveresse, 1991, p. 35).

En el terreno de lo estético, y particularmente de lo artístico, este abuso de la idea de interpretación ha sido particularmente enfática, porque se ha querido ver a menudo en esa omni-interpretación la característica distintiva de lo artístico. Pero el lenguaje artístico no es en esto una excepción. El hecho de que una obra o fragmento de una obra se presta a distintas interpretaciones no implica en absoluto que en las conductas estéticas toda comprensión sea siempre una interpretación⁷.

Conclusión

Sostiene el profesor Shusterman que un posible argumento a favor de una estrategia pragmatista puede estar en que no es posible extraer de la obra en sí misma más que una posible reconstrucción de sus significados. Ni siquiera retener o fijar la impresión o la experiencia inmediata, que parece existir de manera anterior a la interpretación, como un modelo fijo de comparación debido a que es algo efímero. Admitirá que frente a esta estrategia pragmatista surge el problema de cómo aceptar la posibilidad de una lectura errónea o una interpretación errónea frente a la interpretación establecida por la actual comunidad crítica. Los pragmatistas consideran que la interpretación establecida puede ser equivocada; empero, no hay que entender esto como si existiesen interpretaciones que se aproximen a la verdad ontológica, sino en el sentido pragmático donde pueden existir interpretaciones mejores, más aceptables, convincentes o fructíferas. De esta manera, explica Shusterman que la aceptación de las nuevas interpretaciones como correctas no implica que éstas sean más próximas a la verdad ontológica, sino que las nociones de la validez lógica y aceptabilidad expresan las necesidades y el carácter cambiante de la comunidad crítica: “El pragmatismo significa falsacionismo y la posibilidad de una revisión interpretativa” (Shusterman 2002b, p. 67). En este sentido, propone que esa aproximación o estrategia pragmática permite un alejamiento de la rígida propuesta de interpretación analítica, que se fundamenta en la existencia de un significado objetivo anterior, que puede ser la intención del autor o algo propio a la obra de arte, y que es

7 El propio Tilghman al igual que Bouveresse ha sabido advertir esta distorsión (Tilghman, 1991).

reemplazable a través de algún método y que posteriormente funcionará como modelo de la práctica crítica. Más aún, igualmente funciona esta estrategia pragmática como una alternativa a la propuesta reconstructiva de la interpretación, donde un significado de la obra nunca puede ser obtenido debido a que depende del contexto y éste siempre está cambiando, de aquí en la propuesta reconstructiva todas las lecturas sean erróneas.

Referencias bibliográficas

Beardsley, M. C. (1973). *The Possibility of Criticism*. Detroit: Wayne State University Press.

Bouveresse, L. (1991). *Herméneutique et linguistique*. Cambas: L'éclat.

Gadamer, H.- G. (1977). *Verdad y Método: Fundamento de una hermenéutica filosófica*. Sígueme: Salamanca, tomo I.

Hirsch, E. D. (1967). *Validity in Interpretation*. New Haven: Yale University Press.

Margolis, J. (1962). The Logical of Interpretation. *Philosophy Looks at the Arts*. New York.

Rorty, R. (1989). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. España: Cátedra.

Sontag, S. (1966). Against Interpretation. *Against Interpretation and Other Essay*. Nueva Cork: Dell.

Shusterman, R. (1984). *The Object of Literary Criticism*. Amsterdam: Rodopi.

Shusterman, R. (1986a). Convention: Variations on a Theme. *Philosophical Investigations*, (9). 36-55.

Shusterman, R. (1986b). Deconstruction and Analysis: Confrontation and Convergence. *British Journal of Aesthetics*, 26. 311-327.

Shusterman, R. (1988). Interpretation, Intention, and Truth. *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, XLVI (3). 399-411.

- Shusterman, R. (1994). *Sous l'interprétation*. Paris : Éditions de l'éclat.
- Shusterman, R. (2002a). *Surface and Depth: Dialectics of Criticism and Culture*. Ithaca: Cornell U. P.
- Shusterman, R. (2002b). *Estética Pragmatista*. Barcelona: Idea Books, Traducción española con nuevo prefacio.
- Shusterman, R. (2008b). *Body Consciousness: A Philosophy of Mindfulness and Somaesthetics*. Cambridge: Cambridge U. P.
- Tilghman, B. R. (1991). *Wittgenstein: Ethics and Aesthetics: The View from Eternity*. Albany: State University of New York Press.
- Vattimo, G. (1991). *Ética de la interpretación*. Barcelona: Paidós Ibérica.